

¿ES NECESARIO EL CONTROL DE LA NATALIDAD EN LOS PAISES “SUBDESARROLLADOS”?

JOSE VICENTE AREVALO*

UNA DISTINCION NECESARIA

Para poder dar una adecuada respuesta a la pregunta que los jóvenes alumnos del Club de Ciencias del Centro Universitario de Occidente someten a mi consideración, creo necesario comenzar diciendo qué debe entenderse por “Control de la Natalidad”.

No es mi intención entrar en detalles acerca de lo inadecuado de esa expresión, que, en Castellano, tiene un significado totalmente distinto del que se le atribuye. Al contrario: me complace hacer uso de esa locución extranjera por razones que se comprenderá más adelante y suplicaré al lector que me dispense si a veces, la uso en su idioma original. Lo que trato de hacer y me interesa mucho que se comprenda, es la diferencia entre control de la natalidad y regulación de la familia dentro del matrimonio

* Ex Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de El Salvador

El matrimonio, entendiendo por tal la unión natural del hombre y la mujer, da origen a la familia. Cuando un hombre y una mujer se unen es lógico esperar que, tarde o temprano, habrán hijos. ¿Cuántos hijos? “Los que Dios nos dé”, solían responder nuestros padres. La respuesta a esa pregunta, en realidad, no puede darse de otro modo. ¿Cuántos hijos debe querer tener cada pareja? Lo único que puede hacerse ante pregunta tan impertinente es encogerse de hombros: un hijo, diez hijos, ningún hijo, ahí que vean. Cada matrimonio debe decidir a su arbitrio lo que hace en su cama. El matrimonio mismo es cosa de cada quien. No se puede obligar a los jóvenes a casarse ni se les puede obligar tampoco a vivir en celibato. El matrimonio dice nuestra Ley-Civil “se constituye y perfecciona por el Libre y Mutuo consentimiento de los contrayentes . . .” y más adelante declara que “la condición de no contraer matrimonio” o de “permanecer en estado de viudedad” no pueden ser impuestas a ninguna persona (1). Son estas, pues, cosas que atañen directamente a la Libertad de las personas y en las cuales nadie puede tener ingerencia alguna. Cuando un matrimonio ya constituido decide su familia, actúa en ejercicio de su libertad y nadie tiene derecho de inmiscuirse en ello. Debemos, por lo tanto, admitir el derecho de tener hijos como el derecho de no tenerlos y también el derecho de dejar de tenerlos. Establecerse en dos, tres, cuatro o quince hijos será, pues, asunto de cada pareja. El médico —en mi criterio— debe proporcionar a quien de él la requiera, toda la información necesaria a ese respecto sin reticencias de ninguna especie y sin salpicarla de motivaciones “morales” que no son otra cosa que mojigaterías impertinentes. Esto entiendo yo por “regulación del matrimonio dentro de la familia” y pertenece a la vida privada de las personas.

El Control de la Natalidad; birth control, para decirlo en su propio idioma, es una línea de política demográfica, es decir una doctrina acerca de cual debe ser la actitud del Estado respecto al crecimiento de la población. Pertenece de lleno a la vida pública de las naciones. Es lógico que siendo la sociedad humana un conjunto de seres humanos, debe preocuparse por el número de sus miembros. Tanto puede considerar la sociedad que sus miembros son muchos como que son pocos y en base a esa consideración adoptará el Estado las medidas tendientes a aumentar ese número o a rebajarlo o a mantenerlo estático. Cuando la América recién había sido conquistada por España, creyó prudente el monarca español preocuparse del crecimiento de la población, fomentando el matrimonio. Varias razones tenía don Felipe II para adoptar esa política:

“Su majestad pensaba, y para pensarlo no escaseaban razones, que

a las turbulencias de estos reinos contribuía en mucho la condición de soltería en que se encontraba la mayor parte de los vecinos de Lima, que no se arriesgaban a recibir la bendición del cura por tener en memoria el refrán que reza: "melón y casamiento requieren acercamiento", o lo de

a veces las mujeres
son como libros,
que por nuevos se compran
y . . . están leídos

Por ende, ordenaba el monarca, se notificase a todos los estantes y habitantes de su muy noble ciudad de los Reyes del Perú que en término de treinta días (ahí es nonada la prisa) abandonasen el regalo de la vida célibe, bajo pena de perdimiento de hacienda. Item, prevenía don Felipe, con paternal solicitud, que los que no tuviesen un arreglillo o aparejada novia, recibiesen costilla de real orden, y fuese ésta la chica que la Audiencia escogiese entre las indias nobles del país. "Ansi —concluía el sacramental documento— desaparecerá todo oloí a barraganía, habrá la moral ganancia y se amansarán los genios turbulentos; que con viento se limpia el trigo y los vicios con castigos" (2)

Eso es política demográfica y de esa laya es el "birth control" pero al revés.

Como puede observarse "Control de la Natalidad" y "Regulación de la familia dentro del matrimonio", son dos cosas diferentes.

PAISES DESARROLLADOS Y PAISES SUB-DESARROLLADOS

El problema que se investiga es la necesidad de establecer el Birth-Control en los países sub-desarrollados ¿Qué países son éstos? Los técnicos, cierta clase de técnicos, han dividido las naciones en dos clases naciones "Desarrolladas" y naciones "Sub-desarrolladas". Las naciones desarrolladas han elevado de tal modo su productividad que el ingreso medio por persona es superior a los U.S \$ 800 oo anuales. Esa suma permite a los habitantes de esos países subvenir a sus necesidades vitales tales como ropa, alimentación, comida, etc., les permite sufragar los gastos de educación, les permite divertirse y les permite

(2) Ricardo Palma, "Traducciones Peruanas, Los Amantes de Real Orden

ahorrar. El ahorro forma un fondo de riqueza acumulada que, al ser reinvertido asegura el incremento de la producción, y, por lo tanto la mayor riqueza futura de esos países con la consiguiente ventura de sus habitantes. Los países sub-desarrollados son, en cambio, aquellos cuyo ingreso medio anual por persona no llega a los U.S \$ 400.00. Semejante suma hasta apenas para cubrir —y no bien— las necesidades vitales del habitante. La educación ya no puede proporcionársela y le debe ser proporcionada gratuitamente por el Estado; igual sucede con el cuidado de la salud; para divertirse debe conformarse con observar las estrellas (dichosamente esos países son tropicales y sus cielos despejados), y ni pensar siquiera en ahorrar. En consecuencia será imposible incrementar la producción. De allí se sigue que estos países están condenados a la pobreza eterna a menos que encuentren solución a su problema. Pero para hallar esa solución deben conocer la causa del mismo. El Salvador es uno de esos países “SUB-DESARROLLADOS”.

EL CONTROL DE LA NATALIDAD

La causa de la pobreza de esos países sub-desarrollados es su excesiva población. La riqueza se diluye en el exagerado número de los habitantes dando lugar al cuadro deprimente que hemos descrito un poco atrás. Hasta hace algún tiempo, las enfermedades y la escasez de alimentos regulaban naturalmente el crecimiento de la población. La gente era diezmada por las enfermedades y el hambre. El paludismo, la peste, las enfermedades infecciosas, la viruela, etc., eran otros tantos agentes de la Providencia que mantenían el necesario equilibrio entre producción y población y permitían cierto ahorro y cierto crecimiento y progreso de los pueblos. Pero al alcanzar la técnica agrícola determinado nivel de producción de alimentos y al erradicarse gran número de enfermedades de gran mortalidad, la gente ya no se muere en la proporción en que debiera, y como el promedio de nacimientos se mantiene inalterable, la población aumenta y se presenta el problema del subdesarrollo. Con tan clara premisa la conclusión tiene también que ser clara: para restablecer el equilibrio perdido y terminar con el subdesarrollo hay que limitar la natalidad. Precisamente es eso lo que han hecho los países desarrollados y a ello se debe su espléndida prosperidad. El habitante de esos países se nos presenta con la sonrisa en los labios realizando el tan ansiado ideal cristiano de vencer a la carne. Su sacrificio obtiene en esta vida el premio cristalizado en un nivel de vida superior y con la ventaja de que el sacrificio se refiere solamente a los hijos pues se conserva el placer. En consecuencia, para los países sub-

desarrollados es una necesidad apremiante adoptar como política demográfica el control de la natalidad. Los hombres amantes de la patria deben comprenderlo así y convertirse en abanderados del control. Hombres encontraría fácilmente su reivindicación.

UNA VIEJA HISTORIA

En 1798 Roberto Malthus, sacerdote inglés, publicó un estudio que había de hacerse famoso el "Ensayo sobre la Ley de la Población". En él afirmaba Malthus que "todas las calamidades y lacias sociales dependían de leyes eternas y fatales de la naturaleza. La encarnación de esas leyes es la Ley Universal de la Población. El crecimiento de la población, dice, tiene lugar en progresión geométrica, mientras no encuentra ningún obstáculo, mientras que los alimentos aumentan en progresión aritmética aun en las condiciones más favorables. Malthus ensalzaba la necesidad del hambre, las enfermedades, las epidemias, la guerra, etc., pues todas esas calamidades públicas reducen el número de "bocas" y restablecen el "equilibrio" por algún tiempo. Malthus llegaba a la clínica conclusión de que habían hombres "superfluos" para quienes no había lugar sobre la tierra. Decía, además, que para evitar la reproducción excesiva de los trabajadores el salario ha de ser reducido al mínimo, justificando con ello la despiadada explotación, que en su tiempo, hacían los capitalistas ingleses del proletariado, presentando esa explotación como "natural", "inevitable", y "beneficiosa", pues si se permitía aumentar a la población humana llegaría un momento en que sería necesario recurrir al canibalismo. La población del mundo ya no podía aumentar.

Han pasado desde entonces 168 años. La población mundial ha aumentado de 906 millones que era en la época de Malthus a 2.500 millones actualmente. ¿Y el mundo? Tan campante. Lejos de producirse la situación profetizada por el lúgubre ideólogo, el nivel de vida de los pueblos ha aumentado. El incremento de la producción ha sido gigantesco. La producción de alimentos ha superado, con mucho, las previsiones más optimistas. Véase: Los Estados Unidos en 1935 contribuían con un 7% a la producción mundial de cereales, en 1955 contribuyeron con el 31% y en 1964, con el 44%. Producen nada menos que una tonelada de cereales por habitante y gracias a eso pudieron exportar a 6 países de Europa 13.000 millones de toneladas de maíz en 1960 y 20.000 millones de toneladas en 1964 y además vende a la América

Latina a través de la Alianza para el Progreso. El Salvador consume buena parte de esos excedentes a través de los préstamos de Cáritas y la ABC.

¿Qué base científica tenían, entonces, las teorías de Malthus? Ninguna. Malthus ha pasado a la historia como un charlatán que no cumplió otra misión que la de servir de ideólogo de la parte más retrógrada de la burguesía inglesa de su tiempo y de las capas de la aristocracia fundidas con ella. Su teoría no es más que un intento de justificar las míseras condiciones humanas en que esa burguesía y esa aristocracia agraria sumergían a los proletarios.

¿HA RESUCITADO MALTHUS?

Conocida la vieja teoría malthusiana y conocida la teoría atrás expuesta acerca de la superpoblación de los países sub-desarrollados no puede uno menos que preguntarse si el sacerdote inglés no habrá resucitado. Los términos en que se expresan los neo-malthusianos son tan emotivos como los de su maestro: hablan nada menos que de una “explosión demográfica” con lo cual quieren expresar en forma dramática el terrible aumento de la población y el peligro que corre la humanidad de asfixiarse en su propio número.

Pero, ¿qué razón les asiste? ¿Están sus doctrinas mejor fundadas que las de su maestro? Cuando se vuelve la vista en derredor y se ve en las calles de nuestras ciudades tanto mendigo y tanto niño desarrapado se tiene la impresión de que están en lo cierto. Pero los problemas sociales no pueden juzgarse con tanta ligereza. Examinemos algunos datos numéricos y extraigamos consecuencias. Los Estados Unidos albergan en sus 7.839,565 kilómetros cuadrados una población de 180 millones de habitantes. Y los Estados Unidos son un país “desarrollado”. Su densidad demográfica es de 22.5 habitantes por Km². En cambio, la población total de los “sub-desarrollados” países de América Latina es de 190 millones de habitantes dispersos en un vasto territorio de 20.780,768 Km.² es decir tres veces más grande que el de los Estados Unidos. Para llegar a tener la misma densidad de población de los Estados Unidos la América Latina necesitaría más o menos 500 millones de habitantes. Sin embargo la cosa no se detiene allí: hay otros países desarrollados más densamente poblados que EE.UU.; Bélgica, Holanda, Inglaterra, Alemania, son más densamente pobladas que los Estados Unidos y para igualar la densidad demográfica de Bélgica la América Latina tendría que dar albergue a seis mil seiscientos millones de habitantes. ¡Casi tres veces la población actual de toda la tierra! De

lo cual se deduce que la América Latina es una región del mundo relativamente despoblada y que, por lo tanto, la miseria de sus masas trabajadoras o su “sub-desarrollo”, como quiera llamársele, no pueden deberse a ningún exceso de población.

La exactitud de ese razonamiento no puede ser rebatida por nadie. Los datos numéricos expuestos hablan con una elocuencia demoledora. Sin embargo los neomalthusianos tratan de rebatirlos fulgurando no sé qué confusas razones acerca de la enorme dificultad de colonizar y volver productivas las inhóspitas selvas amazónicas y las demás regiones despobladas del continente americano. Tan peregrina afirmación mueve a risa. Cuando Julio César desembarcó en Inglaterra la encontró tan lluviosa e insalubre que consideró prudente largarse pronto de allí; los peregrinos del Mayflower no eran los primeros en tratar de colonizar la América del Norte, pues anteriormente habían llegado otras expediciones que fracasaron invariablemente por las inclemencias de la región en que hoy se encuentra Nueva York y tantas otras prósperas ciudades; los españoles tuvieron gigantescos problemas con la naturaleza de las frías y elevadas mesetas andinas y con la tórrida y húmeda insalubridad de las regiones tropicales. Pero triunfó el genio y la tenacidad del hombre. ¿Y lo que se logró en aquel tiempo con los escasos medios de producción y la deficiente técnica de que se disponía va a ser imposible en la era del átomo? No me hagan reír que tengo partido un labio

¿QUIEN PAGA A LOS NEOMALTHUSIANOS?

Pero si no podemos hallar justificación científica a la “explosión alarmista” de los neomalthusianos, tal vez podríamos hallarle justificación de otro tipo. Si volvemos los ojos a la historia del pensamiento humano encontramos que toda teoría anti-científica y alarmista tiene por objeto servir de respaldo moral a los intereses más reaccionarios de cada sociedad. La ciencia ha sido siempre un enemigo terrible de los explotadores y por ello no pueden empararse más que en falsedades. El propio Malthus nos sirve de ejemplo. Pero podemos hallar otros: San Agustín, obispo de Hipona, angustiado de ver hundirse el Imperio Romano Esclavista de cuyas clases explotadoras formaba parte, escribió la “Ciudad de Dios”, en la cual desarrolla la tesis de que el fin de aquel Imperio sería el fin de la civilización humana. La iglesia católica del medioevo, para justificar aquel sistema social basado en la desigualdad y el privilegio, desarrolló a su modo la concepción ptoloméica del Universo y declaró que la Tierra era plana y que estaba fi-

jada y era el centro del Universo. Podríamos multiplicar los ejemplos hasta hacer un libro. Pero lo que ahora interesa, sobre todo, es ver a qué intereses sirve la teoría de la “explosión demográfica” y a qué fines sirve el control de la natalidad.

LA MUJER TRABAJADORA Y LOS PROBLEMAS DE LA MATERNIDAD

Para abocarnos a la solución del enigma propuesto en el apartado anterior comencemos por realizar una rápida excursión en el texto del Código de Trabajo. Ese cuerpo de leyes cuyo objeto es “armonizar las relaciones entre el Capital y el Trabajo” declara que el patrono está obligado a conceder a la mujer embarazada doce semanas de licencia, seis antes y seis después del parto y a pagarle anticipadamente una prestación equivalente al setenta y cinco por ciento del salario básico que habría devengado ella durante ese tiempo. Dicho en lenguaje patronal: ¡tres meses de chotear ganando $\frac{3}{4}$ del sueldo! Como puede verse la maternidad no es negocio para el patrono. Y si a las salvadoreñas se les ocurriera dar a luz cada año, los buenos y cristianos patronos se volverían locos. Desde luego tal cosa se solucionaría si el “irresponsable” del marido mantuviera a su mujer y ésta no tuviera que trabajar, pero esa solución tiene el pequeño inconveniente de que sería preciso que el “irresponsable” ganara lo suficiente para mantener a su familia. Y entrando en este campo se pisa terreno resbaloso. El patrono tiene el expediente del despido para deshacerse de empleadas crianderas, pero ese medio tiene el inconveniente de que puede atraer la atención de las obreras y de los obreros acerca de por qué no pueden tener los hijos que quieren o, lo que es lo mismo, acerca de las causas de su miseria. Lo más conveniente, entonces, es poner a los obreros y obreras a pensar que la causa de su miseria consiste, precisamente, en tener hijos y que, por lo tanto, la miseria se solucionará en cuanto se resuelvan a abstenerse de la procreación. Y es aquí en donde acuden los científicos neomalthusianos, con sonrisas de celestina, anunciando a los obreros que esa abstención será tanto más dulce cuanto que no implica la consiguiente abstención del placer y presentándose a sí mismos como los doctos conocedores de esa “técnica” y ofreciéndose generosamente a iniciar a los obreros en ella.

Ahora puede verse al desnudo la maniobra y a quién sirven los neomalthusianos. Naturalmente si presentan ellos las cosas de esa manera no engañarían a nadie y es por eso que tienen que valerse del escándalo de la “explosión demográfica”, de la superchería acerca del “sub-desarrollo” y el ingreso medio por persona y de la sensiblería

barata de una ficticia conmiseración por la mujer trabajadora llena de hijos y abandonada por el marido irresponsable. Lo que en realidad pretenden estos defensores de la mujer es convertir a las obreras en obreras-que-trabajan pero son estériles.

MADE IN U.S.A.

Pero si bien es cierto que la doctrina de la explosión demográfica y el control de la natalidad puede servir a los más reaccionarios intereses de los patronos sirve, en realidad, a intereses más reaccionarios aún. En El Salvador, y en el resto de Latino América, domina la ideología de la Iglesia Católica hasta ahora todavía contraria al birth-control. Debido a ello la actitud mental del patrono se detiene en la fase del despido liso y llano. Cuando una obrera o empleada resulta muy gravosa por asunto de maternidad el patrono se considera con derecho de despedirla. Esta ideología está en perfecta concordancia con las condiciones materiales de vida. En El Salvador las relaciones de trabajo capitalistas son incipientes. La inmensa mayoría de los trabajadores, los del campo, están excluidos de las prestaciones por causa de maternidad; en la zona más industrializada, la de San Salvador, impide el Seguro Social que asume las responsabilidades por ese concepto. Los sindicatos de trabajadores son débiles y todavía faltos de ganancia. Todo ello permite a los patronos eludir, de una manera bastante generalizada y directa las leyes sociales. Su cumplimiento no es aún lo suficientemente estricto como para preocuparlos hasta el grado de llevarlos a construir una concepción tan “elevada” como la del “birth-control”. Pero esa situación es explosiva. La actitud brutal del patrono frente a la mujer embarazada tiene la gran ventaja de ser diáfana como el agua de un arroyo. El interés económico coartando la libertad individual y familiar se percibe de una manera tan palpable que no puede menos que encender de indignación los ánimos. El trabajador puede darse cuenta claramente de que la causa de su miseria no son los hijos, sino las condiciones sociales que no le permiten ganar lo suficiente para mantenerlos y mantener a su mujer y que obligan a ésta a emplearse para vivir.

La mujer trabajadora se da cuenta fácilmente de que las condiciones sociales la convierten en parásito de su marido si no trabaja o en esclava de su patrono que le permite trabajar a condición de no dar a luz. Todo ello enciende en las masas trabajadoras el espíritu de protesta. Esa protesta adquiere todos los matices, desde la actitud poco consciente de los miles de trabajadores que, desesperados de nuestras condiciones de vida, quieren irse a los Estados Unidos seducidos por la

propaganda que los presenta como la tierra de redención, hasta la de los grupos organizados que han emprendido la lucha, a veces violenta y armada, por dar a nuestra sociedad una estructura que asegure una vida más humana para sus componentes

La decisión de los pueblos de cambiar de vida no puede menos que alarmar a los privilegiados con el sistema de vida actual. La inalterable voluntad del Pueblo cubano, voluntad mantenida y hecha realidad a despecho de los poderosos intereses imperialistas de los Estados Unidos, no puede pasar desapercibida para nadie. La inminencia y la necesidad de un cambio está presente en todas las condiciones. ¿Será ese cambio violento y radical como en Cuba? ¿Será pacífico y gradual? Nadie puede predecirlo pero dependerá de la actitud de las clases dominantes. Mas sea en una o en la otra forma tiene que chocar con los intereses de los Estados Unidos. Un cambio revolucionario sea cual fuere su proceso y sean cuales fueren las clases que lo lleven a cabo —yo en lo particular creo que el capitalismo nacionalista es la clase que más posibilidades cuenta de llevarlo a cabo en alianza con los trabajadores de la industria— tiene que tener como premisa la revisión total del comercio exterior; la venta al mejor precio posible de todos los productos de exportación sin cuota de sacrificio de ninguna clase, la introducción en la agricultura del sistema capitalista; la liquidación de todos los remanentes feudales en el modo de producción, el aumento de nuestras propias fuentes de energía para dejar de depender de la gasolina y del aceite diesel, y, finalmente, nuestra completa industrialización. ¿Cómo va a convenir en semejante cambio el país que nos impone un comercio exterior injusto, que por especular con todos los países quite que botemos nuestro café; que nos inunda de gasolina y aceite y nos vende todo lo que una reforma industrial nos permitía producir a nosotros?

Y como las reformas dichas serían tanto más apremiantes y más posibles cuanto más numerosa sea la población trabajadora, he ahí por qué el poderoso país se interesa tanto en detener nuestro crecimiento demográfico. Por eso no es de extrañar que la llamada “Asociación Demográfica Salvadoreña” que predice el “Birth control”, sea financiada con fondos de la AID por eso no es de extrañar que los lúgubres vaticinios de Malthus resuenen nuevamente a través de las agencias noticiosas norteamericanas que informan a nuestra prensa seria; por eso no es de extrañar que haya sido precisamente la C. G. S., aquella federación de sindicatos que escribió la célebre “Carta para Andy” quien propuso la exportación de 200 000 familias salvadoreñas como saludable remedio a nuestra pobreza. Es urgente para ellos detener el aumento de la población de la América Latina a fin de estancarla en

su actual estado de colonia económica de los Estados Unidos y para ello pretende inducir a los obreros y obreras de estos países a convertirse en machos. Lo diré como se merece: a convertirse en machos.

Pero que nadie se llame a engaño con la pseudo-ciencia de los neo-maltusianos ni con su hipócrita sensibilidad. El endeble razonamiento acerca de los países desarrollados y sub-desarrollados no debe engañar a nadie. Las diferencias de productividad entre unos y otros no se deben a la existencia de bocas “superfluas” en los segundos, ni es cierto tampoco que la población de los países desarrollados viva en Jauja gracias al “control”. El doctor Robert L. Heilbroner, economista norteamericano, en su libro “Comprensión de la Macroeconomía” dice lo siguiente: “En los EE.UU. subsiste el agudo contraste entre la opulencia y la pobreza. . . veinte millones de personas en dicho país viven al nivel de la subsistencia. Otros tantos, aunque en mejor situación, carecen de un ingreso suficiente. Y treinta millones más disfrutan apenas de un mínimo de comodidades” (3). La revista *O Cruzeiro* (Enero de 1962, cuando todavía había libertad en el Brasil) publicó dos números con 8 páginas cada una de desgarradoras fotografías que presentan el cuadro de la más horrible miseria . . . en la Gran Cosmópolis. “Si no fuera por la abrumadora evidencia del letreiro —dice un pie de grabado— cualquier observador poco atento diría sin vacilar, que las escenas reveladas por las fotografías han sido captadas en callejones de nuestras ciudades de América Latina. Es posible que muchos se sorprendan si informamos que el lugar pertenece a Nueva York, ciudad tentacular que las revistas bien impresas, el cine, los folletos de propaganda, nos presentan como una variante atómica del antiguo y perdido Paraíso Terrenal”. El control de la natalidad, pues, no reduce la miseria. Ni la abundancia de población la produce. ¿Cómo se explica, si eso no es así, que haya miseria en un país que produce una tonelada de maíz por habitante y que es capaz de destinar un presupuesto de diecinueve mil millones de dólares anuales para la guerra de Viet Nam? La causa real está en las deficientes relaciones de producción que permiten que un reducido grupo de parásitos que no trabajan se apropien de una enorme parte de la riqueza producida por otros, dejando a éstos sin siquiera lo necesario para vivir como seres humanos. Y son esos parásitos los que están vitalmente interesados en impedir que se produzca, en ninguna parte del mundo, un cambio que ponga en peligro su cómodo modo de vida y para impedirlo, no vacilan en mandar a sus trabajadores, por miles y por cientos de miles, a matar a otros trabajadores. ¿Cómo aplaudiría Malthus tan sabia y previsoría medida!

(3) *Tribuna Libre*, Noviembre 10 de 1966, pág. 6d.

CONCLUSION

La pregunta de los miembros del Club de Ciencias sólo puede tener una respuesta: el Control de la Natalidad no es necesario, ni siquiera es conveniente, para los países sub-desarrollados. Al contrario, las feraces tierras y los inmensos recursos naturales de la América de Bolivia están esperando la simiente creadora del trabajo que la escasa población actual no les puede dar. En la Creación, de Miguel Angel, Dios aparece dándole vida al hombre no por medio del "soplo divino" sino por medio de su brazo. Es el brazo de Dios el que se extiende hacia la materia inerte para fecundarla. ¡Y por algo fue Miguel Angel lo que fue! Pues en realidad son los "brazos", los trabajadores, la fuerza creadora que mueve las montañas, que hace fecundas las selvas y desiertos y que hace andar la civilización. Eso es lo que necesitamos: brazos y más brazos, vida y más vida para nuestro Continente. Hay que ver en nuestro pueblo la mayor fuente de riqueza de que disponemos y alegrarnos de verlo aumentar de número. Rechacemos con indignación el neomalthusianismo y desenmascaremos la hipócrita sensiblería de los neomalthusianistas que so pretexto de proteger a la mujer y al niño pretenden esterilizar a la una y exterminar a los otros. Como, por ejemplo, con esas medidas necias de "protección a la familia" como la que recientemente acaba de aprobar nuestra Asamblea Legislativa sin duda alguna bajo la presión de los neomalthusianos. La tal "protección", en vez de acometer al mal de frente, es decir tomando las medidas económicas y sociales que fomenten la responsabilidad de los padres poniendo a su alcance los medios para hacer frente a las obligaciones de la paternidad, se limita a establecer toda clase de males y castigos para quienes descuidan esas responsabilidades. El resultado que se obtiene es el de que, como la gente se da cuenta de que el cumplimiento de esas obligaciones no depende sólo de su voluntad, sino de causas sociales independientes de ella, le cobre horror a la paternidad y vea en ella una fuente de desventuras. Y esto es, precisamente, lo que persiguen los neomalthusianos. Ellos mismos lo reconocen con el mayor cinismo: "¡Sí! dicen, es preferible que no tengan hijos a que los dejen abandonados". Pero no se preguntan por qué los dejan abandonados y para justificar a quienes les pagan por hacerlo, se erigen en jueces de conciencia y acusan con el descaño más grande a nuestros trabajadores de "irresponsables", "ignorantes", "licenciosos", "faltos de tradición y de costumbres", etc., etc., etc.

¡Basta ya de farsas! Los hombres homados, que verdaderamente se preocupan por la familia, por la mujer y por la niñez, deben luchar

con todas sus fuerzas por transformar la estructura social actual en otra más justa que asegure a todos los habitantes una participación en la riqueza social que les permita subvenir a todas sus necesidades. En cuanto a los hombres de ojos sajones y alma bárbara advirtámosles, con nuestro Gran Poeta, que la América Española vive y no está dispuesta a dejarse matar

D^r. José Vicente Arévalo
Santa Ana El Salvador, C.A

